

Precio 15 cts.

Reproducción

Tomo IV, No. 76.— 20 de Diciembre de 1921.

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *Cartas de W. James.*
2. *Dramas.*
3. *Movimiento Biológico.*
4. *Congresos.*

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 76.—20 de Diciembre de 1921

W. James y sus cartas

Fragmento de un artículo del escritor inglés E. P. Jacks
en "The Atlantic Monthly" de Boston

Traducción de *Inter-América*

Así por el tono como por la substancia de estas epístolas resulta evidente que para James las cosas más interesantes de la vida eran las relaciones personales. Más de una vez lo expresó así, *totidem verbis*. «Sólo se encuentra el idealismo en las relaciones personales». «Lo mejor de la vida consiste en las amistades». Podemos imaginarle haciendo suyo sin vacilación el dicho de William Blake: *El bien general es la disculpa de los bribones, los aduladores y los hipócritas. Quien quiera hacer el bien debe hacerlo en particular*. No es grande la diferencia entre este dicho y las siguientes frases de una carta a Mrs. Henry Whitman: «Seamos todos conforme somos, excepto cuando se trate de reformarse a sí mismo. El único

crimen imperdonable es tratar de reformarnos *los unos a los otros*. Su repulsa del concepto general acerca del modo de llegar a la verdad, refléjase aquí en su desconfianza de la regulación sistemática de la norma de conducta. Como testimonio evidente, que revela su criterio íntimo en esta materia, hé aquí el siguiente admirable pasaje de otra carta dirigida a la persona últimamente mencionada entre sus corresponsales:

Por lo que a mí toca, he tomado mi partido: me declaro en contra del volumen y grandiosidad en todas sus formas, y en favor de las invisibles fuerzas moleculares que actúan de individuo a individuo, colándose por las hendeduras del mundo como otras tantas radículas sutiles o como las filtraciones capilares del agua, y que, sin embargo, si se les deja el tiempo suficiente, destruyen los más firmes monumentos del orgullo humano. Mientras más voluminosa es la unidad con que uno trata, más hueca, brutal y falaz es la vida que ostenta. *Por eso estoy en contra de las organizaciones enormes, y, sobre todo y con mayor razón, en contra de las organizaciones nacionales; contra todos los grandes triunfos y los grandes resultados; y en favor de las eternas fuerzas de la verdad que actúan siempre en forma individual y sin*

éxito inmediato, haciendo trabajo de zapa, hasta que al cabo la historia las pone de relieve, mucho tiempo después que las grandes organizaciones pasaron.

Si James hubiera vivido diez años más y hubiera presenciado la guerra y la terrible confusión subsiguiente en que la desatinada ceguera de las «grandes organizaciones» sumiera al mundo, no le habría parecido necesario agregar, como lo hizo, que sus palabras a este respecto serían probablemente «del todo ininteligibles para cualquiera otro que no sea yo mismo». La verdad que expresan es precisamente la misma que la guerra y sus efectos ulteriores han hecho inteligible a todo el mundo. Vemos por un lado a las grandes organizaciones, «sobre todo, a las nacionales,» afrontando dondequiera problemas que son enteramente incapaces de resolver; intentando dirigir la acción de fuerzas que están intrínsecamente fuera del dominio humano, tanto por su magnitud como por su complejidad infinita; en tanto que, de otro lado, la *pretensión* de resolverlos rodea sus operaciones de una atmósfera de ficción y

de embuste, que no sólo desacredita al gobierno como gobierno, sino que afecta asimismo el carácter de los políticos y ciudadanos que adoptan semejante norma de conducta. En el empeño de sostener esta ficción, sobre la cual descansa la existencia misma de las grandes organizaciones, la política del mundo, así nacional como internacional, se convierte en su mayor parte en simple lucha por el mando entre los que ambicionan la curul del poderío; y en esta lucha sacrifican los genuinos intereses de la humanidad, de cuya defensa suponemos encargado al gobierno.

James fué un rebelde, por temperamento a la par que por convicción, contra el método de disciplinar el pensamiento, que, comenzando en el campo de la filosofía especulativa, termina por introducir esa fuerza fáctica en el escenario de la historia. En los pasados siglos nuestra civilización ha vivido obcecada por la idea de que el hombre es un sér cuya primera y principal necesidad es *ser gobernado*; pero basta haber leído el primer ensayo de *The Will to Believe*

ve (1) para convencernos de que aquél es precisamente el concepto que James combate desde el principio. La primera necesidad del hombre es que le enseñen y no que le gobiernen. En el fondo, el hombre es un sér ingobernable, que en resumidas cuentas no se somete a ninguna ley, «salvo a la que le impone su propio sentido de adaptación». No es posible, «mantenerlo en su lugar», por la sencilla razón de que su existencia entera consiste en el proceso de abandonar un lugar en busca de otro nuevo, obedeciendo a un impulso creador que sería pecado desmentir y un crimen contrarrestar.

Que tal es lá conclusión a que finalmente nos lleva «la voluntad de creer», paréceme harto claro en vista del pasaje de las *Letters* que acabo de citar. En este sentido, el «humanismo» y el «americanismo» de James son dos nombres distintos para una misma cosa. A diferencia de su her-

(1) En 1895, el año anterior a la publicación de *The Will to Believe* (La voluntad de creer), escribía a Théodore Flournoy: «Espero que (sus hijas) se eduquen de una manera ampliamente libre, como verdaderas jóvenes norteamericanas, sin más leyes que aquellas que les imponga su propio sentimiento de las conveniencias».

mano Henry, su corazón estuvo siempre con el tipo de civilización americano más que con el europeo, y los fundamentos de esta preferencia, hasta donde era fruto de la reflexión, encuéntranse en la circunstancia de que en los Estados Unidos se concede a las «fuerzas moleculares» mayor libertad para el desempeño de sus funciones.

«Mi querido Mack», escribe a su cuñado, «nosotros los *intelectuales* de los Estados Unidos debemos trabajar de consuno para conservar nuestros preciosos derechos de individualismo y mantenernos libres de tales instituciones. Toda gran institución es forzosamente un medio de corrupción, por más bienes que pueda producir por añadidura».

También a Mrs. Francis R. Morse: «¡Bendito sea el clima de los Estados Unidos, con su mezcla de franqueza, espontaneidad, ardor e intrepidez de acción!... ¡Dios bendiga a los Estados Unidos en general!... ¡Y se habla de corrupción! No sabemos en el país lo que significa la palabra corrupción, con nuestras improvisadas y equívocas

agencias de superficial soborno pecuniario, comparadas con las fuerzas corruptoras, sólidamente atrincheradas y permanentemente organizadas, de la monarquía, la nobleza, la iglesia y el ejército, que penetran hasta el mismo corazón de las clases superiores tanto como de las clases más bajas del pueblo, en todas las naciones europeas (con excepción de Suiza), y adulteran sus móviles, apartándolo del impulso honrado en el arreglo del más sencillo incidente.»

Hace más de veinte años que se escribieron estas palabras. No incumbe al autor decir hasta qué punto merecen aún los Estados Unidos las bendiciones que James invocaba sobre su patria. Pero apenas cabe duda de que la guerra y su secuela han dejado a las «grandes instituciones» más expuestas que nunca a caer bajo la influencia de estas fuerzas siniestras. Aun la liga de naciones, designada por sus iniciadores para contrarrestar tales fuerzas, parece correr en los momentos actuales no poco riesgo de ceder a su influjo. ¿Qué habría dicho James de este bien intencionado es-

fuerzo para curar las «grandes organizaciones» de los vicios que les son inherentes, creando una organización mayor aún, que las abarcara a todas? Nada en estas cartas indica que hubiera bendecido la idea. Es evidente, por de contado, que James era amante de la paz; y si se necesitara mayor prueba, allí está su *Moral Equivalent of War*. (El equivalente moral de la guerra). Pero en este asunto, como en muchos otros, imagino que le hubiéramos encontrado en favor de las fuerzas moleculares y en contra de las grandes organizaciones.

*
* *

A los ojos de quien escribe, William James aparece como precursor de una época en que la educación habrá de convertirse en la preocupación fundamental de la humanidad, y el gobierno en preocupación secundaria; en que el saber se estime en más que el poder: orden que invierte su posición relativa en el momento actual. De su opinión general sobre el universo, y

sobre el hombre como elemento creador dentro del universo mismo, se deduce que el problema de desarrollar las energías latentes del espíritu humano es de muchísimo mayor importancia que el de dominar por medio de sistemas reguladores las energías que ahora se encuentran en acción. Podemos aventurar, con todo, que el segundo problema, en el cual se concentra hoy toda nuestra actividad política, se resolverá únicamente cuando hayamos logrado acercarnos a la solución del primero. Concediendo a los hombres mayor libertad de acción y mayores oportunidades, estableceremos las únicas condiciones en que puede florecer la moralidad personal, social y nacional. En cualesquiera otras condiciones son imposibles las relaciones justas entre los individuos y entre las naciones.

William James representa probablemente la mejor contribución que hasta ahora hayan ofrecido los Estados Unidos para el establecimiento de una comunidad definitiva del género humano; pero comunidad que no habrá de ajustarse al tipo de ninguna de las

«grandes organizaciones» ahora en existencia.

En el conocido sermón de Phillips Brooks titulado *The Candle of the Lord* (La luz del Señor), hay unas cuantas frases que a mi parecer resumen al hombre tal como aquí le describimos, y se me perdonará que las cite por extenso:

Existe en cierta comunidad un hombre de gran carácter, cuya influencia se extiende por doquiera. No es posible ponerse en contacto con todos y cada uno de los individuos de la ciudad; pero se percibe, expresados en el propio estilo de aquel hombre, las mismas ideas y sentimientos de la figura central que ha enseñado a la comunidad a pensar y sentir. Aun en los niños se observa esta influencia, pues tienen en sí algo de que carecerían si él no viviera en la ciudad. ¿Qué mejor definición de este hombre podría darse sino decir que su vida era una llama, y la vida de los demás, bujías que él había encendido y en las cuales se multiplicaba de mil maneras su naturaleza opulenta, cálida, vívida y fértil, de suerte que su resplandor iluminaba la ciudad entera?

Acabo de escribir un drama

Algunos trozos del artículo así intitulado, del libro "Glosas y Escolios" de José Fernández Coria.

—Sí, mi estimado y joven amigo: conozco su obra mucho mejor y más concienzudamente que Vd. No se asombre. Un autor dramático, sobre todo un autor novel como Vd., es el menos indicado para juzgar su obra, y el que menos la conoce. En el caso sobre el cual discutimos, Vd. juzga y ve su obra llena de la vida que Vd. ha pretendido infundirle. Yo la veo animada de la vida que Vd. le ha dado. La obra de arte es realización, no simplemente concepción. De la concepción de una obra de arte en general, y en particular de una dramática, a su realización, puede mediar una gran distancia. Con frecuencia—el caso se ha dado en obras maestras—la obra realizada está en contraposición con la obra concebida. El protagonista de su obra no es, para mí, ni lo será para el público si mañana se representa su drama, el indi-

viduo que Vd. ha ideado, ni la escena, objeto de nuestra amable disputa, es, para mi juicio, la que Vd. ha concebido, la que Vd. veía en su mente al escribirla, la que acaso vea Vd. en este mismo instante. No podemos coincidir en nuestra apreciación, sencillamente porque juzgamos dos obras diversas: Vd., la que Vd. ha concebido; yo, la que Ud. ha realizado. Y esta que Vd. ha realizado, créame mi amigo, es, en definitiva, la verdadera, la única obra suya. Conozco su obra, pues, mejor que Vd. mismo.

*
* *

—Para crear obras dramáticas de cualquier especie, es necesario ver un drama en la vida (quien dice drama dice tragedia) y trasladar luego ese drama visto en la vida, al estrecho marco de un escenario, dentro de los límites de tiempo, también estrechos, que requiere su representación. Y no es tan fácil, como parece, ver un drama en la vida. Lo fácil, lo común, lo que está al alcance de cualquiera, es poder ver una vida en un drama. Y ocurre algo idéntico en otro orden de

actividades artísticas. No todos los ojos son capaces de ver un cuadro en un paisaje de la naturaleza, ni todos los oídos perciben una sinfonía en las voces del viento, en el murmullo de la fuente, en el rumor de las olas; pero sí distinguen perfectamente un trozo de naturaleza en el cuadro de un pintor, y oyen con toda claridad en una sinfonía, las voces del viento, de la fuente y de las olas. Hay más. Somos incapaces, los que no tenemos alma de artista, de percibir, al auscultar nuestro corazón apasionado, el poema que late en él, mientras que, al leer un poema de un alto poeta lírico, se nos revela de improviso aquello que el corazón nos decía sin que lo comprendiéramos cuando nos hablaba directamente.

*
* *

Pero si no deseas, amable lector, perder tiempo expresando al novel dramaturgo—tu confidente—las observaciones, juicios y reparos que yo he supuesto en tu pensamiento o en tus labios, escríbele una carta, una larga carta. Ella te ahorrará discusiones inú-

tiles y el trabajo de pensar.—¿Acaso no hay que pensar para escribir una carta?—Sí, lector, pero es el caso que yo poseo un modelo, y te lo ofrezco; un modelo de carta que puede servirte, cualquiera sea el género dramático y el mérito de la obra que hayan puesto en tus manos y sobre la cual soliciten tu respetable opinión. Te regalo ese modelo, que en seguida voy a transcribir...

Antes, sin embargo, tengo interés en referirte cómo y dónde cobré esa pieza.

Escucha:

Un amigo mío, hombre de letras, tuvo que dedicarse a aquellas menos gloriosas, apremiado por necesidades ineludibles de la vida. Dedicóse al género epistolar, con lo cual no quiero decir que escribió cartas a la manera del Aretino, de Metastasio, de lord Chesterfield o de Mme. de Sevigné; ni tampoco que compuso novelas epistolares como «La Nueva Eloísa», «Werther», o «La Cruz de Berny»; ni menos que se valió de la epístola para dictar preceptos literarios como Horacio, o sentencias filosóficas como el capitán

de Andrada, o sátiras como Moratín. Mi amigo, doctor en filosofía y letras, graduado en no sé qué vaga universidad de los «pequeños países cálidos» de América, tenía, a pesar de todo, su filosofía y sus letras. Pero ni estas ni aquella le sirvieron para destacarse individualmente, para imponer su personalidad, pues siempre encontró quienes se interesaran en oponerse a que su talento se revelara, y se vió precisado a engrosar el personal de escritores de una importante casa editora de su país, a la cual servía enviándole desde aquí sus producciones. Encargáronle la confección de un «Secretario Universal», o, lo que es lo mismo, un libro que contuviera modelos de cartas, y que sirviera, según el título lo indicaba, de secretario privado o de memorialista de cualquier persona. Mi amigo dejó publicados dos volúmenes. El primero contenía cartas para uso de los amantes, y en él figuraban declaraciones de amor con sus correspondientes contestaciones afirmativas, negativas y de sentido ambiguo; billetes de cita, pedidos de mano, esquelas de ruptura de relaciones amorosas, de

reconciliación, etc. Era este volumen algo así como un Cyrano de Bergerac al cual podía recurrir, en la seguridad de quedar complacido, cualquier Cristián presumido e iletrado. El segundo volumen estaba dedicado a comerciantes e industriales, y había en él numerosos modelos de letras de cambio, de cartas de crédito, de poderes, de autorizaciones de compra y venta, de carteles de propaganda, etc. El tercer volumen hubiera sido el más interesante. Pero cuando estaba a punto de terminarlo, mi amigo fué sorprendido por la muerte. Era un «secretario general, para uso de literatos». Tengo en mi poder los originales de esta obra inconclusa, y como se trata de una verdadera curiosidad, creo que han de leerse con interés algunas de sus páginas.

Hé aquí las palabras destinadas a servir de introducción al malogrado libro de mi difunto amigo.

«Algunos literatos de mi país (mi amigo era portorriqueño) son hombres que dispersan sus actividades en los más diversos campos, de manera que no siempre están con el ánimo dispuesto a la atención de su copiosa correspon-

dencia. Otros han dejado ya el cultivo de las letras: una obra, o una serie de conferencias, o varios artículos, les sirvieron de puente para llegar a donde se proponían, y en la enmuellada posición que hoy ocupan, han dejado enmohecer la pluma que usaran otrora para dar luz y vida a tanta hermosa página, de modo que les pesa la mano cuando se ven obligados a escribir una carta. Otros, y no los de menos imaginación ni los de menos talento, ignoran la gramática y desconocen nuestro léxico; y si los artículos que publican aparecen con cierto aliño y limpieza, es debido a la amabilidad y saber de linotipistas y correctores. Otros, por último,—y esta especie abunda en todas partes—se ahogan en poca agua, necesitan mucho espacio para moverse. Acometerían con éxito las más arduas empresas literarias, y fracasarían en las pequeñas. Son capaces de escribir un largo memorial o una abundante monografía, pero no una carta; un interminable editorial de diario, pero no un suelto; una epopeya, pero no un epigrama; una historia, pero no una anécdota.

«A todas dichas personas dedico este libro. En sus páginas encontrarán diversos modelos de cartas para las distintas situaciones en que pueda colocarlos su situación de hombres de letras. Y como la abundancia de la actual producción literaria obliga a los literatos a tener que acusar recibo con frecuencia de envíos y consultas de sus colegas, he prestado preferente atención a cartas que tengan ese destino. Creo que mi libro—lo diré con las palabras consagradas—viene a llenar una sentida necesidad, pues es el primero de su índole que se publica en nuestro país».

Y ahora viene, amable lector, la carta que te he prometido, sacada de los originales del libro de mi amigo. La preceden las palabras siguientes: «De un escritor a un autor dramático novel, dándole su opinión sobre una obra teatral de cualquier género, compuesta por éste y sometida al juicio de aquél». Y dice así:

«Mi muy distinguido amigo: Cuando Alejandro Dumas terminaba de escribir un drama se lo leía a su cocinera,

y por la impresión de ésta deducía la futura suerte de su obra. Otros autores someten sus producciones teatrales al juicio de los más eminentes críticos, únicas personas capaces de determinar las calidades de una obra de arte. Yo no estoy en ninguno de estos casos para servir de juez: ni tengo el alma simple de una cocinera, ni el intelecto saturado de preceptos de un crítico. No soy espectador del paraíso ni de la platea. Ocupo mi asiento en una tertulia alta, y de esta manera creo haber expresado, directa y metafóricamente a la vez, mi situación con respecto a la que Vd. me ha creado al pedirme que le dé mi sincera opinión sobre su primer composición dramática.

«Desde luego, no he de dársela en términos categóricos. No me encuentro capaz de decir si ella tendrá o no éxito. Más de una obra cuya lectura me ha conmovido ha sido silbada en el teatro por mí mismo; y por el contrario, obras que me dejaron frío cuando las leí, me entusiasmaron hasta el delirio cuando las ví representadas. Sólo he de anotar, pues, en esta carta, algunas impresiones e ideas generales

sobre arte dramático suscitadas en mi ánimo por la lectura de su obra.

«Abundan en ésta, finas y sutiles observaciones que lo delatan como a un conocedor profundo del alma humana y de los resortes complicados que la mueven. Pero a la vez se advierte que carece Vd. de dominio de la técnica teatral. Así, por ejemplo, la acción se precipita y corre irregular y a saltos en ciertos pasajes, y se detiene y desliza fatigosamente en otros. Hay algunas escenas trazadas de mano maestra, es cierto: pero otras no están del todo justificadas. Además, no siempre son oportunas las entradas y salidas. El diálogo es lánguido y frío precisamente en las circunstancias en que debía ser más animado y caluroso. Se me ocurre también, que ciertas reflexiones y sentencias que Vd. pone en boca de algunos personajes, son demasiado profundas y por este motivo han de abstraer al espectador desviando su atención del desarrollo poemático de la acción principal.

«En cuanto a la originalidad de su obra, y, más extensamente, a la originalidad en materia de arte, habría

mucho que hablar; pero este es un asunto de poca importancia. Nadie tiene en cuenta al juzgar una composición dramática, la novedad de su fábula. Por otra parte, es muy difícil ser original. El príncipe de los dramaturgos, Shakespeare, no ha producido una sola obra cuyo asunto sea producto de sus propias facultades creadoras. Los clásicos franceses Corneille y Molière entraron a saco, y se gloriaron de ello, en la literatura dramática española, la cual, Vd. bien lo sabe, no era tampoco muy abundante en productos vernáculos.

«Aunque Vd. haya procurado huir de las imitaciones, es casi seguro que habrá caído en alguna. Es muy limitado el elemento dramatizable de que puede disponer un autor. M. George Polti ha catalogado todas las situaciones dramáticas y ha encontrado que sólo existen treinta y seis. Remy de Gourmont, de quien tomo el anterior dato, afirma que son menos aún; que esas treinta y seis situaciones pueden reducirse a cuatro.

«Teniendo en cuenta estas consideraciones me encuentro imposibilitado para afirmar de una manera absoluta

si su obra es o no original. De todos modos, si Vd., conforme a la costumbre, se ha apoderado íntegramente del asunto de algún drama que entre nosotros ha sido colmado de aplausos por su originalidad, acaso haya trabajado inconscientemente en favor de su propia bienaventuranza. Pues el día—ojalá este muy lejano del presente—en que Vd. concorra al llamado divino para que se le juzgue definitivamente, a falta del testimonio de haber practicado alguna virtud, podrá Vd. aducir su condición de autor de su drama para tener derecho a los consabidos cien años de perdón.

«Hay en su obra dos o tres personajes magistralmente trazados; otros tienen una fisonomía moral bastante desteñida. Alguno, en cambio, es demasiado humano para tener la realidad que el teatro exige. ¿No consigo explicarme, verdad? Trataré de conseguirlo.

«Hé ahí una nube que navega silenciosa en la inmensidad azul. Parece un grandioso barco con todas sus velas desplegadas. Pero en un instante el barco se ha deshecho y la nube ha

tomado la forma imprecisa de un monstruo alado que vuela en el espacio. Y luégo esa masa de nubes adquiere, modelada por la mano invisible del viento, el aspecto de una estatua de nieve que el sol va poco a poco derritiendo. Si un pintor hubiera pintado un cielo con esa misma nube cuando fué nave, o cuando fué monstruo, o cuando fué estatua, tal pintor sería tildado de inhábil y su arte de falso. Afirmaríamos, en presencia del cuadro, que una nube así era un capricho, el producto de una creación puramente imaginativa, sin ninguna relación con la realidad. Pues, según cierto convencionalismo respetado por todas las escuelas, la nube para el cuadro debe ser de un tipo definido dentro de la limitada variedad de nubes clasificadas por la ciencia. La personalidad humana es tan cambiante como la nube. Pero el arte dramático debe, al reflejarla, hacerlo mediante tipos que ya tiene consagrados (cirros, cúmulus, nimbos humanos) y de los cuales no puede salir si no quiere que su obra sea tachada de falsa. Porque, amigo mío, hay que convencerse: el arte dramático

es la imitación convencional de una vida también convencional.

«Ni estas reflexiones ni aquellos reparos, amenguan el mérito muy singular de su obra. Se trata de la primera, y la primer obra siempre es imperfecta. La biología ha demostrado que el primogénito nunca es el mejor de los hijos, como muchos creen, de modo que el mayorazgo ha sido una institución sin ninguna base racional. Tenemos mucho que aprender de los animales, tanto que seríamos felices y nuestra vida mucho más dilatada si imitáramos algunas de sus prácticas. Los animales de cierta especie, matan a sus primeras crías, que siempre son defectuosas. Haga Vd. lo mismo con su primer obra, mi distinguido amigo, sofocando los muy naturales impulsos de su humana paternidad. Y póngase de inmediato a la tarea de escribir otras obras, con mayor esmero y dedicación, aprovechando las lecciones de su incipiente experiencia.

«Materiales para obras dramáticas no faltan. Donde quiera que fijemos la vista los encontramos. No tenemos más que asomarnos al alma de cual-

quier persona, a nuestra propia alma, para hallar, por lo menos, el germen de una obra teatral. El mundo es un vasto escenario y la vida una comedia. Cada uno de nosotros tenemos a nuestro cargo un papel que resulta algo así como el eje de un episodio, por más que nosotros, vanidosos como toda gente de teatro, nos creemos protagonistas de la inmensa obra total. Pues la vida humana la han creado los dioses, según Epicuro, para diversión y solaz del Olimpo. Somos actores, repito, pero malos actores, debo agregar. A menudo nos olvidamos de nuestro papel y nos hacemos dignos de una rechifla. El poeta lo ha dicho:

¡Oh pájaros voladores
Que vais los aires cruzando!
Nosotros somos actores,
Vosotros espectadores,
¡Por eso pasáis silbando!

«Sí, mi querido amigo, somos unos comediantes, créame: unos malos comediantes. Y créame también su sincero y leal amigo que le estrecha la mano, le augura muchos éxitos y se suscribe su atto. y S. S.»

El movimiento biológico en Europa

Por Georges Bohn

(fragmentos)

III

¿Será de veras la juventud más conservadora que la vejez? Así lo cree Mazaryk, presidente de la nueva república checa, ex-profesor de filosofía en la Universidad de Praga. Oigasele: «Se dice que al envejecer se hace el hombre, conservador; yo pienso, al contrario, que la juventud es conservadora, por falta de experiencia. Cuanto más edad y experiencia cuenta un hombre, tanto más radical se muestra, si reflexiona». Me parece que esta opinión vale la pena de ser discutida. Porque si es cierto que sólo los organismos y tejidos jóvenes son suficientemente plásticos para sufrir las modificaciones del medio exterior, también es cierto que a menudo están obligados a nutrirse a expensas de sus

predecesores, o sea a vivir más o menos cual parásitos. Y hasta se ha llegado a sostener que la herencia se hace sentir más en los jóvenes que en los adultos. (1) Por otra parte, en el curso de cada evolución individual, la memoria asociativa cobra cada vez mayor importancia, y es en parte gracias a sus adquisiciones por lo que el sér vivo adquiere una personalidad, una originalidad, que lo libra más o menos del pasado. En lo concerniente a las ciencias complejas—biología, psicología,—llama la atención el hecho de que los grandes progresos sean debidos principalmente a hombres bien maduros. Lamarck era ya anciano cuando escribió su *Filosofía Zoológica*, libro tan revolucionario. El darwinismo es la concepción de un sabio que había visto y reflexionado mucho. Giard sostenía que los biólogos no pueden llegar a hacer síntesis verda-

(1) Por repetidas observaciones personales, yo opino con los que afirman lo opuesto: la herencia es más evidente en los adultos que en los jóvenes. De otro modo, además, serian los jóvenes menos plásticos que los viejos, ante el medio exterior, y la evolución individual sería imposible. Y esta evolución es la condición primera para la adquisición de una personalidad original, en la cual la *experiencia propia se suma a la herencia*.—E. J. R.

deramente fecundas sino entre los 60 y 70 años.

*

Por desgracia para la biología, esta ciencia casi no ha interesado a los físicos y a los químicos, y la mayor parte de los que han tratado de estudiar la vida han desconocido el espíritu y los métodos de las ciencias exactas. (1)

Los trabajadores intelectuales tienen una tendencia a especializarse, demasiado grande. En lugar de biólogos, hay anatomistas, fisiólogos, zoólogos, botanistas, médicos, etc., y entre ellos pocos han comprendido que el dominio de las formas y el de los movimientos son inseparables.

*

Le Dantec, al burlarse de las *fenomeninas* del prof. Ehrlich, mostraba que la mentalidad de los médicos no ha pro-

(1) ¡Exacto! Lástima que el mismo G. Bbon olvide a veces ese espíritu, como cuando dice, en la pág. 140 de su libro, que «là où il y a beaucoup de logique, en général il y a peu d'idées». ¡Esperemos que llegue alentado a los 60 años! Entonces comprenderá lo que han comprendido los sabios que él admira y cien otros antecesores suyos: *que nada hacemos con muchas ideas si ellas son incoherentes o contradictorias.*

gresado mucho, del tiempo de Molière para acá. (1)

*

Antes de la guerra, se admitía en general—sobre todo en Francia—como una verdad indiscutible, que la psicología científica había nacido en Alemania y que solamente los alemanes conocían el cerebro.

Los psicólogos han sido seducidos siempre por la idea de medir los fenómenos psíquicos y por la de localizarlos en territorios precisos.

Ahora bien, es por haberse librado de esas ideas, por lo que el gran psicólogo ruso Pavlov ha contribuido tan grandemente al conocimiento de los mecanismos cerebrales.

(1) Ninguna carrera es más difícil que la del médico. Por lo mismo, es siempre relativamente fácil señalar el lado flaco del médico que se tiene delante. Pero hay flaquezas de que padecen casi todos ellos, sin que se vea bien la razón. Quien observe, por ejemplo, el modo de prescribir las dietas y los medicamentos, se desconcierta al notar hasta qué punto prescinde generalmente el médico de las observaciones más firmes y mejor conocidas de los biólogos. Véase un caso: han pasado por mis manos millares de recetas en que figuran arsenicales, simples o compuestos, antiguos o recientes; y bien, no obstante el haber sido escritas por médicos que han hecho sus estudios después del descubrimiento de la anafilaxis, ni en una sola de ellas ha sido acatado el llamado hoy principio de Arthus: «en todas partes y siempre, la anafilaxis precede a la inmunidad». Que se trate del licor de Fowler, y la receta dirá una de estas dos cosas: «tantas gotas tantas veces al día» o «tantas gotas el primer día e ir aumentando en los días siguientes hasta llegar a tantas», como se prescribía hace un siglo.—E. J. R.

Muy comedido en cuanto concierne a las hipótesis, Pavlov se muestra, no como un filósofo, sino como experimentador muy notable. Ha logrado estudiar aisladamente un gran número de las múltiples variables de que dependen los fenómenos cerebrales, y lo ha logrado hasta el punto de poder *predecir* a menudo el resultado de un experimento intentado por primera vez. Experimenta en público con la seguridad de un profesor de física o de química. Lo cual no puede menos de complacer grandemente a los partidarios del determinismo de nuestras acciones.

Pavlov ha encontrado la manera de estudiar objetivamente las variaciones de intensidad de las distintas sensaciones, de revelarnos la existencia de sensaciones encubiertas o muy débiles, de establecer las leyes de las asociaciones de sensaciones, de probar que el cerebro no es un simple agregamiento de territorios que funcionan separadamente, de poner en evidencia las interacciones variadas que se verifican entre el cerebro, la sangre, las glándulas digestivas, etc.

*

Creo interesante recordar también los experimentos recientes del profesor Boldyreff, de Kazan (1914-1917).

Este profesor ha reconocido, con Kniazeff, que las secreciones pancreáticas, intestinales y biliares y las contracciones del tubo digestivo se efectúan con el ritmo y la regularidad de un movimiento de reloj; y ha demostrado que, de un modo general, en el hombre como en el perro, la *uniformidad* de la alimentación—por buena y abundante que ésta sea—causa invariablemente una disminución de la actividad digestiva. Por consiguiente, los cambios de alimentos constituyen una necesidad de altísima importancia.

*

.... Al hacer el anterior rápido resumen de la historia de la química en el siglo XIX, he notado con sorpresa que el cambio de unas cuantas palabras bastaría a que tal resumen pudiera servirme para clasificar mis tentativas en el dominio de la biología, desde hace unos 20 años.

Hace poco, un químico eminente me decía que mi ley de los equilibrios biológicos le recordaba cierta ley sacada de la termodinámica y enunciada por Le Chatelier.

Trazando las curvas de los fenómenos observados por mí mismo, he puesto en evidencia, en muchos organismos, animales y vegetales, múltiples oscilaciones, rítmicas o no, de la actividad motriz y de la sensibilidad. El sér vivo se presenta así como un *sistema oscilante*, de lo más complejo, que varía sin cesar *en el tiempo*.

Pero se presenta también como un *sistema polarizado*, algo comparable a un imán, dotado de *propiedades vectoriales*, o sea que varían según las diversas direcciones del *espacio*. Me he dedicado al estudio de estas propiedades y he procurado encontrar las leyes geométricas a que están sometidas. Ellas intervienen en la génesis de las *formas* animales y vegetales, que no son en realidad sino expresiones de las propiedades vectoriales.

Oscilaciones y polaridad son, a mi juicio, propiedades esenciales de todos los seres vivos, y su consideración me

ha permitido, entre otras cosas, figurarme de un modo nuevo la actividad cerebral, particularmente el sueño, que me parece debido a un cambio de signo—periódico o no—de la polaridad.

Los conceptos de *tiempo* y de *espacio* me parecen deber ser tan fecundos en las investigaciones de biología como lo son en las de química. En Alemania, el tiempo y el espacio casi sólo han servido hasta hoy como temas de disertaciones filosóficas, aun de parte de los físicos. Recordaré aquí el *Principio de la relatividad*, de Einstein, tan chocante al sentido común y que se ha mostrado estéril para el descubrimiento de hechos y puntos de vista nuevos.

Cámaras y Relaciones Exteriores

«La presentación de un tratado al senado es como la salida de un toro a la plaza: nadie sabe exactamente cómo ni cuándo se asestará el golpe fatal, pero todos están persuadidos de que no saldrá con vida de la arena.

«El hecho de que un tratado ofrezca a la nación grandes y positivas ventajas no parece pesar absolutamente en el criterio de la mitad de los senadores. El interés personal, los rencores individuales y la posibilidad de obtener mezquinas ventajas políticas son los únicos móviles que cuentan en estos tiempos.»

John Hay escribía estas palabras en su diario después de haber sido secretario de Estado por seis años. Durante este período habían sido devueltos por el senado diecisiete tratados, ya sea muertos o a tal punto mutilados por enmiendas, que era imposible que lograran sobrevivir. Podemos disculpar la hastiada definición del secretario.

De Tocqueville decía en *Democracy in America*: «Por lo que me concierne, no tengo el menor reparo en manifestar abiertamente mi convicción de que, con especialidad en el manejo de las relaciones exteriores, el gobierno democrático es decididamente inferior a los gobiernos basados en principios diferentes. La política extranjera apenas si demanda alguna de las cualida-

des que la democracia posee, exigiendo por el contrario el uso perfecto de todas aquellas de que carece... La democracia es incapaz de regular los detalles de una empresa importante, de perseverar en un designio y de llevarlo a ejecución en presencia de serios obstáculos. No puede combinar sus medidas en secreto ni esperar los resultados con paciencia. Estas cualidades son peculiares de un individuo o de una aristocracia, y constituyen precisamente el medio por el cual alcanzan los pueblos individualmente una posición predominante.»

Escuchemos ahora a Mr. Walter Lippmann, escritor moderno, de diferente escuela: «....El pueblo norteamericano no puede coger la misma pluma y redactar una nota dirigida a sesenta y cinco millones de individuos que viven dentro del imperio alemán....Las condiciones que requiere la negociación de un tratado—rapidez de pensamiento, contacto directo, adaptación, inventiva, la justa proporción de concesiones y demandas—son precisamente cualidades de que carecen las masas.»

(De un art. de Q. Wright.)

A propósito de las últimas elecciones

El genial Rousseau acertaba a veces. Acertó, por ejemplo, cuando sostuvo que ningún gran Estado puede constituirse en verdadera república.

Gobierno eficaz y larga discusión son términos opuestos. ¿Qué cabe, por consiguiente, esperar de las cámaras numerosas, así estén compuestas de sabios?

Dadas la extensión y la población de Costa Rica, el número de miembros de su actual cámara de diputados no debería pasar de 5 ó 7. Mientras no se llegue a esta indispensable reducción, me parecerá juiciosa la apatía con que mira el país las llamadas «jornadas electorales.»

Por ahora, en nuestra república, sólo la elección de presidente tiene alguna importancia. Digo *alguna*, no mucha, por la manera de hacer la elección y por lo ridículo de la duración del período de gobierno.

Alargado el período presidencial y disminuidos el número de los legisladores y la amplitud de su campo de acción—todo lo cual significaría al menos, en el peor de los casos, una gran economía,—quedaría siempre por resolver el problema magno: el de la reforma electoral, a fin de considerar la calidad de los sufragios, en vez de contar simplemente su número.

Thiers, al cabo de una larga experiencia política, decía lo siguiente, siendo Presidente del Consejo de Ministros, hace 81 años:

«La soberanía del número es un absurdo. No hay institución que pueda resistir ante la proclamación de la soberanía del número. Es el principio más peligroso y más funesto que se pueda alegar en presencia de una sociedad, un principio que no es admisible en ninguna parte.»